

Cuarta charla:

ESTRUCTURA DEL SÍMBOLO APOSTÓLICO Y CONFESIÓN DEL DIOS UNO Y TRINO

I. LA FE TRINITARIA ANTE LA TENTACIÓN DE UN CIERTO PRAGMATISMO O UTILITARISMO

Quería empezar hoy trayendo unas palabras de Henri de Lubac, en su libro *La fe cristiana*, que me está sirviendo como base para esta larga introducción al Símbolo de la fe. Traigo estas palabras porque me parece que desenmascaran un peligro siempre latente entre nosotros, hombres que valoran las cosas por su utilidad, tentados de despreciar o de dejar a un lado todo aquello que no nos parezca inmediatamente práctico, útil para nuestro hoy, aplicable a nuestra vida concreta inmediata, al momento presente. Y hombres también, en España, herederos de una cultura que ha valorado la acción, hacer cosas visibles y concretas, más que la contemplación.

Éstas son sus palabras:

«No siempre sabemos acoger en nosotros la verdad más vital, que ha de ir produciendo lentamente en nosotros su fruto. Somos impacientes. Y nos gustaría conseguir una inteligencia inmediata. O bien, con nuestro pragmatismo miope, si no nos muestran enseguida las aplicaciones prácticas de la verdad, la declaramos abstracta, inasimilable, “al margen de la vida”: “concha vacía”, teoría huera, de la que no hay que hacer acopio»¹.

Así pensaban los socinistas. Así Rouseau, junto a los cristianos deslumbrados por el siglo de las luces. Pero:

«El cristianismo que no confía en la fecundidad de la verdad revelada, que no consiente en interesarse por ella sino en la medida en que capta de antemano su beneficio, que no deja que la verdad revelada se apodere de él y lo modele, ¿no sabe de qué luz y vigor se está privando! No se da cuenta de que, al no querer escuchar —lo que se llama escuchar— sino las voces que le prometen una respuesta inmediata a sus preguntas, está renunciando a comprenderse a sí mismo y a profundizar en sí mismo, y se encierra en los límites de la estrecha experiencia. A veces, llega incluso a imaginarse que no puede encontrar ya sentido a una concepción gastada, “pasada de moda”, cuando en realidad se trata de un misterio que no entrevé todavía»².

¹ HENRI DE LUBAC, *La Fe Cristiana* (FAX, Madrid 1970) 11

² *IBID.*, 11-12

Nosotros corremos el peligro de pensar que la unidad y la trinidad de Dios es algo demasiado lejano de nuestros problemas cotidianos. Ciertamente que estas reflexiones no dan una receta para los problemas diarios, sin embargo la luz que al fin arrojan sobre el origen del hombre y sobre su destino, es decir sobre lo que realmente somos, es decisiva. A la larga reflexionar sobre este contenido de nuestra fe es la cosa más útil, si bien no sea su utilidad inmediata y aplicable a los problemas concretos.

II. LA ESTRUCTURA DEL SÍMBOLO Y LA FE EN DIOS UNO Y TRINO

En la última charla partimos de la formación del Símbolo Bautismal, para mostrar que la estructura del símbolo de los apóstoles no responde a una división en doce artículos, sino que su estructura es tripartita. Es lícito dividir el Símbolo en doce artículos para ir explicando punto por punto sus contenidos, pero esa división no responde a su estructura interna ni del acto de fe, ni del símbolo de la fe que nos hemos propuesto comentar. Podemos hacerlo, pero refiriendo estos doce artículos a la estructura real de la fe y del símbolo, a la estructura ternaria.

En realidad el Credo tiene tres partes que se forman alrededor de tres grandes «capítulos» (=cabeza —que da razón de un cuerpo, de una realidad orgánica). Todos los contenidos explícitos y otros que quedan implícitos en sus afirmaciones se ordenan alrededor de estos tres «capítulos» porque el objeto de su fe es la Trinidad, las personas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Pero a la vez, este Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo es el Dios Único y Uno. Por eso el acto de fe, por el que acogemos el don de su revelación, el don que él hace de sí, es un acto único. No hacemos tres actos de fe, dirigidos uno al Padre, otro al Hijo, y otro diverso al Espíritu Santo. En realidad, el Padre se nos da siempre a través del Hijo con la acción interna del Espíritu Santo.

Dijimos al principio que nuestra fe depende de la revelación de Dios porque es respuesta a ella. Así, puesto que Dios se nos revela en la unidad de las tres personas, nuestra fe es una, no tres: En una sola y única fe acogemos el don que el Padre nos hace de su Hijo y lo hacemos por la moción del Espíritu Santo. Y en virtud de una sola y única fe escuchamos la Palabra del Padre que es su Hijo, que el Espíritu Santo graba en nuestra alma, donde también la hace crecer y fructificar a lo largo del tiempo. Con una

sola y única fe, no con tres, obedecemos al Hijo Único de Dios y le seguimos hasta participar de su muerte y de su resurrección, llevando así a perfección nuestra comunión con él. Así nos presentarnos con él ante el Padre, a quien se dirige toda honor, toda alabanza, toda adoración. Al Padre se dirige el amor y la adoración filial del Hijo en el Espíritu Santo y nosotros participaremos de este acto de adoración y de amor eterno que une al Padre y al Hijo en el vínculo del Espíritu Santo.

Por tanto, tenemos una fe, no tres: no una por la que acogemos al Padre y nos entregamos a él; otra por la que acogemos al Hijo y nos entregamos a él; y otra más por la que acogemos al Espíritu Santo y nos entregamos a él. El acto de fe es único porque acogemos a un Dios que es Uno y nos entregamos a un Dios que es Uno. La fe tiene como estos dos movimientos, uno de acogida de Dios y otro de entrega a Dios. Y tanto el uno como el otro es un único movimiento por el cual acogemos al Dios Uno y Trino y por el cual nos entregamos a este mismo Dios.

Y, si la estructura del credo es ternaria de forma que expresa así que el objeto de nuestra fe es una Trinidad de personas, una comunión tri-personal, el acto único de fe se expresa en un solo verbo que rige toda la estructura de la oración («creo»). Ese es el primer detalle que nos ayuda a comprender que nuestra fe es una, no tres.

Además, el hecho de que las tres Personas participen de una única sustancia, es decir, que las tres Personas participen de la única sustancia divina, en el Credo no se expresa diciendo «**Creo en Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo**» o de una forma más sintética: «**Creo en Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo**». Estas no son las fórmulas que usa el Credo. No son incorrectas, pero pueden llevarnos a imaginar la unidad de Dios como una realidad divina de la que emergerían las tres personas, algo así como si hubiese un Dios indiferenciado que luego se divide, en el que luego surgen las diferencias de las tres personas (a imagen de cómo el hombre unicelular, el cigoto, se divide después en diversas células). En Dios no es así: no hay una divinidad que luego se va diferenciado hasta alcanzar la diversidad de personas.

El credo de expresa de otra forma, que nos ayuda a pensar la unidad de Dios teniendo en cuenta que el Padre es la fuente de toda la Trinidad. El credo dice: «**Creo en Dios Padre..., en Jesucristo su Hijo..., en el Espíritu Santo**». ¿Qué se nos da a entender? Que Dios es el Padre; o si queréis decirlo de otra forma, que la sustancia de la divinidad, la realidad divina, la tiene toda el Padre, que tiene un Hijo y un Espíritu Santo. Por lo tanto, del Padre recibe el Hijo su ser —su ser Dios como Hijo— y el

Espíritu Santo recibe su ser —su ser Dios como Espíritu de amor— de ambos. Aunque esta última precisión, la de cómo reciben su ser el Hijo y el Espíritu Santo, por la generación eterna uno, «engendrado», por la espiración el otro, «que procede», sólo aparecerá en el símbolo Niceno-constantinopolitano. La unidad de Dios es justamente esta relación cuyo principio es el Padre y hace al Hijo y al Espíritu partícipes de la misma sustancia que posee el Padre, pero al Hijo como Hijo y al Espíritu Santo como Espíritu del Padre y del Hijo.

Esta formulación del credo, en el que un solo verbo («creo») rige toda la plegaria, ayuda a entender que Dios es siempre, desde el principio sin principio, Trinidad, un ser relacional, un ser que es comunión de personas.

Al mismo tiempo el hecho de que la primera identificación de Dios sea el Padre, ayuda a entender que el Padre es el principio sin principio sin principio del que mana, como de una fuente, toda la Trinidad. Es lo que se llama “la monarquía” trinitaria.

Pero el verbo aplicado igual y de una sola vez tanto al Padre, como al Hijo como al Espíritu Santo, ya da idea de algo que matizarán los concilios trinitarios y que quedará recogido de forma explícita en el símbolo niceno-constantinopolitano: que el Hijo es también Dios con el Padre y que el Espíritu Santo es también Dios con el Padre. Porque sólo si ellos son un solo Dios con el Padre se les puede también dar la única fe que se le da al Padre y hacer así un único acto de fe, dirigido a las tres personas, expresado en el verbo «creo en Dios Padre, en Jesucristo, su único Hijo..., en el Espíritu Santo».

Además hay otro detalle que nos suele pasar inadvertido, porque hemos contaminado en gran medida con el trascurso del tiempo la palabra “padre” cuando la referimos a Dios. Muchas veces nos referimos a Dios como Padre para dar a entender su bondad, su amor hacia las criaturas, su cuidado su providencia. Es una idea verdadera: nosotros no creemos que Dios sea un creador frío que se desentiende de su obra, algo así como un motor que da comienzo a la creación, la pone en marcha de alguna forma y luego se olvida. Dios no es según nuestra fe un gran relojero, que ha construido una gran maquinaria, la creación, pero que es ajena a él. Y para subrayar lo contrario, es decir para afirmar que Dios ama lo que ha creado, que ama al hombre, que cuida de él que vela por él, que es providente, etc., muchas veces usamos el calificativo de «Padre». Esto no es un error, pero puede convertirse en un equívoco si nos olvidamos del significado original que la palabra tiene en el símbolo. Allí la paternidad de Dios está referida no al mundo, ni siquiera al hombre, sino al Hijo Único. Es decir no se toma la

palabra “padre” como una forma de hablar de la bondad de Dios, sino que se habla de una paternidad literal.

Ahora bien, si cuando decimos: «Creo en Dios Padre» estamos hablando de un Dios que es padre en sentido literal, entonces ya estamos mostrando que Dios tiene, al menos «hijo», porque no puede haber padre sin hijo. Por lo tanto, en la sencilla fórmula del credo apostólico se está ya afirmando que la unidad de Dios y su monarquía no es uniformidad ni absolutismo. Es monarquía, es decir tiene un principio y ese principio es el Padre, pero un principio que es entregado del todo por el Padre al Hijo en un acto eterno. Dios es Uno, pero no es absolutismo, no es una realidad monolítica, que lo llene todo sin dejar espacio al Otro, sin dejar espacio a la relación interpersonal. No es como un bloque de piedra totalmente homogéneo, que impide cualquier otra realidad, aplastando o impidiendo que otro ocupe un sitio. Dios es, por el contrario, comunión, es relación, es diversidad personal y sólo así es Unidad.

En definitiva el Dios Uno es Trinidad. No digo que todo eso se afirme sin más en la expresión del Símbolo, pero si nos esforzamos en entenderlo bien, el símbolo nos ayuda a dirigir a Dios nuestra fe de la forma más adecuada, que es lo que nos importa.

Sin duda alguna otras precisiones fueron necesarias para preservar la fe original de los Apóstoles en el Dios revelado en la Historia de Israel y que tomó rostro concreto en Jesucristo, por eso los grandes concilios recogieron estas precisiones en un símbolo doctrinal como el de Nicea; y otros doctores de la Iglesia compusieron símbolos más propiamente teológicos, más precisos, como el «*Qui quumque*».

Hay que recordar que nuestras palabras son siempre imprecisas, inadecuadas para expresar la realidad de Dios. Es posible, incluso que en lo que os haya dicho, haya introducido, sin advertirlo algún error. Debemos recordar sencillamente que afirmamos un solo Dios, que es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas, términos verdaderos de una relación interna, una comunión, una unidad indivisible. Debemos siempre afirmar los dos términos, trinidad y unidad, como lo dos cabos de una misa cuerda, aunque no siempre veamos cómo se unen estos dos cabos. Todos los errores de la historia de la Iglesia a propósito de la Trinidad se han dado no por una mera equivocación al hablar de la Unidad o de la Trinidad, cosa que siempre es fácil que hagamos, sino por afirmar una cosa, sin contrarrestar inmediatamente afirmando la otra, por tomar uno de los cabos de la afirmación dejando caer el otro.

Las palabras que os voy a leer de un gran PP, San Gregorio Nacianceno:

¡Oh Trinidad que adoro, Trinidad que proclamo más veces que respiro! [...]

Apenas he comenzado a pensar en la Unidad, cuando la Trinidad me baña en su esplendor. Apenas he comenzado a pensar en la Trinidad, cuando la Unidad vuelve a apoderarse de mí. Cuando uno de los tres se me presenta, yo pienso que el Todo: ¡hasta tal punto mi vista se siente llena, hasta tal punto la superabundancia se me escapa! Porque en mi mente, demasiado limitada para comprender a uno solo de los tres, no queda ya lugar para dárselo a los otros dos. Y cuando uno a los tres en un solo pensamiento, veo una sola antorcha, sin lograr dividir o analizar la luz unificada³.

Las palabras de san Gregorio no sólo expresan la incapacidad de la inteligencia humana para pensar adecuadamente el misterio de Dios, sino también de la posición justa del hombre ante este hecho: la de aceptar esta distancia, esta grandeza y superioridad del misterio de Dios y no querer reducirlo a las pobres medidas de nuestro entendimiento. Más bien al contrario, aceptar que sólo podemos contemplar el misterio de forma parcial, por pasos, dejándonos guiar para ello de lo que sabemos por fe.

³ SAN GREGORIO NACIANCENO, *Discurso* 40, cap. 41 (PG 36, 417 BC); en: HENRI DE LUBAC, *La Fe Cristiana* (FAX, Madrid 1970) 93